

contó lo que Dios le habia dado á conocer, y rogó á aquel en quien habia visto un cambio tan feliz que dijese cómo se habia obrado en él. Este no pudo negar la verdad: declaró que habia estado hasta entonces sepultado en el pecado; pero que, habiendo oido leer en la iglesia un pasage de Isaías, en el que Dios promete perdonar á los que sinceramente se conviertan, habia entrado dentro de sí mismo, y con sentimiento de una viva compuncion habia dirigido á Dios la siguiente súplica: « ¡ Dios mio que vinisteis á este mundo para salvar á los pecadores y que, por vuestro profeta nos habeis hecho las promesas que acabo de oír, haced que yo sienta su efecto, aun cuando soy un gran pecador y muy indigno de vuestra gracia! Yo os prometo y protesto con todo mi corazón que desde este momento renuncio al pecado, que no volveré á caer más en él y que os serviré en adelante con una conciencia pura. Recibidme, pues, al presente, Dios mio, porque quiero hacer penitencia. Perdonad á un pecador que os suplica que borreis su crimen y que renuncia sinceramente al pecado. »

La pública confesion de este penitente edificó á todos los asistentes. Estos no admiraron menos la misericordia de Dios que el conocimiento que habia dado á su siervo del estado de este hombre y de la gracia que le habia otorgado, y dieron por ello muchas acciones de gracias al Señor, en alta voz.

Dios reveló tambien á su siervo el perdon que habia concedido á la penitente Thais, de la cual hablaremos en su lugar. San Pafnucio la habia convertido; y al cabo de tres años que la habia tenido encerrada en una celda de un monasterio de vírgenes, para hacer penitencia, fué á rogar á San Antonio que pidiera al Señor que le diera á conocer si la habia perdonado. El Santo juntó á sus discípulos y mandóles pasar la noche en oracion, para ver si Dios les reve-

laria lo que Pafnucio deseaba saber, sin explicarles lo que era. Pablo fué á quien Dios se lo dió á conocer: vió en el cielo una soberbia cama, guardada por tres vírgenes resplandecientes de gloria, y creyó que estaba reservada para su padre espiritual San Antonio; pero oyó una voz que le dijo que estaba destinada para Thais la pecadora convertida. Habiendo Pablo al dia siguiente contado esto, comprendió Pafnucio que Dios estaba satisfecho de su penitencia. Ella no sobrevivió mucho tiempo á la seguridad de su perdon.

El *Martirologio romano* señala la fiesta de San Pablo el dia siete de marzo.

---

#### SAN SISOES O SISOIS <sup>1</sup>

Sisoes fué una de las más brillantes lumbreras de la soledad y mereció ser llamado por Nuestro Señor el vaso de eleccion del desierto. Renunció al siglo siendo todavia muy jóven y moró desde un principio en un monasterio de Sceté<sup>2</sup>. Despues que se hubo allí ejercitado durante algunos años en renunciarse á sí mismo y en los trabajos de la penitencia, el desierto de Sceté le pareció demasiado frecuentado, por lo cual pasó el Nilo y se retiró en la montaña en la que San Antonio habia muerto hacía poco tiempo.

La memoria muy reciente de las virtudes de este santo patriarca no contribuyó poco á reanimar su fervor, como

<sup>1</sup> *Vitæ Patrum*, Catelin, Bulteau. Aunque san Sisoes vivió hasta el año 429, debe ser contado entre los solitarios del siglo cuarto, porque cuando murió hacía ya setenta y dos años que llevaba la vida religiosa.

<sup>2</sup> El desierto de Sceté estaba en el Bajo-Egipto, al oeste del Delta, cerca de las montañas de Nitria.



si le hubiese visto presente y hubiese oído de su boca las admirables lecciones que en vida había dado á sus discípulos. Así que emprendió, más de lo que había hecho hasta entonces, una vida perfecta. Su penitencia era muy austera, su silencio riguroso, y dió ejemplos tan brillantes de las virtudes monásticas, que se atrajo la confianza de todos los solitarios que le conocieron.

Esto aparece por los frecuentes consejos que iban á pedirle; porque por más que procuraba esconderse, no podía evitar sus visitas y se veía obligado á ceder á la caridad para con sus hermanos el gusto que encontraba en guardar el retiro. La virtud que más les recomendaba era la humildad. Por sus respuestas se vé que casi siempre insistía en este punto, sobre el cual tanto más podía dar lecciones cuanto que él mismo era un modelo de la más profunda humildad.

Un solitario le dijo cierto día: « Padre mio, yo me considero como que estoy siempre delante de Dios. » A lo cual respondió él: « Esto no es mucho, hijo mio; sino que sería mucho mejor si os considerarais como si estuviérais debajo de todas las criaturas; porque esto sirve eficazmente para adquirir la humildad. » Dijo á otro en ocasión semejante: « Hacedos muy pequeño; renunciad á las satisfacciones de los sentidos; desgajad de las vanas solitudes del siglo y hallareis la paz del corazón. » Habiéndole dicho otro hermano que todavía no había llegado á la perfección de San Antonio, exclamó: « ¡ Ah! si yo tuviese en el corazón uno solo de los sentimientos de este grande hombre, estaría completamente abrasado por el fuego del amor de Dios. »

Tenia de sí mismo tan bajos sentimientos (Vit. pp. lib. 5, n. 47.), que por austero que fuese su género de vida, se consideraba como un sensual y un goloso, y quería que por tal le tuvieran. Habiendo ido á verle algunos solitarios

y rogádole que les dijese algunas palabras de edificación, se excusó y les dejó conferenciar con su discípulo. Pero su ejemplo suplió pronto su negativa y les edificó más que si les hubiese hecho un largo discurso; porque mientras hablaban con su discípulo, tomó ocasión de alguna cosa que les oyó decir para gritarles desde el punto en que estaba que él no era más que un goloso que comía sin regla y sin necesidad; en lo cual estos buenos hermanos, que no ignoraban cuál era su mortificación, reconocieron su humildad y se volvieron edificados y satisfechos de su visita.

En efecto, lo que le hacía hablar así no podía ser otra cosa que el deseo de ser despreciado de los otros y el amor de la santa abyección; puesto que, muy lejos de faltar á las reglas de la abstinencia, que estaban en uso entre los solitarios, la mayor parte del tiempo no pensaba en tomar alimento y era necesario que su discípulo Abraham le advirtiese cuando era hora de comer, y aun algunas veces se admiraba de ello, creyendo que ya lo había hecho. ¡ Tan poca atención ponía en las necesidades del cuerpo!

Si por casualidad le sucedía, que la caridad le obligase á adelantar la hora de la comida en favor de los forasteros que iban á verle, desquitábase en seguida con un largo ayuno haciendo pagar á su cuerpo la condescendencia que solo había tenido para practicar mejor la caridad. Los solitarios vecinos sabían muy bien su costumbre. Un día en que el abad Adelfos, obispo de Nicopóleos, que ignoraba su costumbre, vino á verle, le rogó que se desayunase con él en la mañana que debía partir, y el Santo no quiso negárselo; pero vinieron entonces algunos ancianos y reprocharon á su discípulo, diciendo que habría debido impedirselo, porque sabía que su maestro, después de esta indulgencia, practicaría, según su costumbre, un ayuno muy



largo y muy austero ; lo cual habiendo oido el obispo, procuró darle muchas excusas.

Habiéndose reunido los solitarios para asistir á la celebracion de la Misa, despues del sacrificio, uno de ellos fué por dos veces á presentarle vino. Sisoés bebió un poco cada vez, más bien para no contristar á su hermano con un desaire que por deseo que de él tuviese. Pero como se lo presentase por tercera vez, creyendo que con las otras dos habia suficientemente respondido á la necesidad y á la caridad, se escusó de tomarlo, diciendo que el vino era una causa de tentacion ; y aconsejó usarlo de este modo á otro solitario que le preguntó cómo debia conducirse en semejante caso.

Temia tanto las alabanzas de los hombres que orando algunas veces con las manos levantadas hacia el cielo, las bajaba tan pronto como creia que podian verle, por miedo de que no tomasen de esto ocasion de estimarle más. Haciendo un dia su oracion en compañía de otro solitario, se le escaparon algunos suspiros ; pero apenas se dió cuenta de ellos cuando lo sintió mucho y dijo al otro religioso con mucha humildad : « Perdonadme, hermano mio, os suplico ; porque bien parece que yo no soy un verdadero solitario, suspirando de este modo delante de otro. »

Siempre dispuesto á acusarse, parece que no veia nada bueno en los otros que no tomase de ello motivo para condenarse á si mismo. Paseándose un dia solo por la montaña, en la que hacía diez meses que no habia visto á nadie, quiso la casualidad que encontrase un cazador al cual preguntó de dónde venia y cuánto tiempo hacía que estaba en aquel lugar. A la verdad, padre mio, le dijo el cazador, hace once meses que recorro esta montaña sin haber visto á otro hombre que vos. El Santo retiróse luego a su celda en la que, golpeando su pecho con un gran sentimiento de compuncion, decia : ¡ Ah Sisoés ! tu creias haber guar-

dado mucho la soledad permaneciendo solo alguna temporada y he ahí á un seglar que la ha guardado más tiempo que tú.

Tres solitarios, atraidos por la reputacion de su santidad, fueron á verle, y uno de ellos le dijo : Padre mio, ¿ cómo lo haré yo para evitar el fuego del infierno ? Y él nada contestó. Y yo, padre mio, continuó el segundo, ¿ cómo podré evitar el rechinar de dientes y aquel gusano que no morirá ? Y el tercero le dijo : ¿ qué haré yo tambien ? porque todas las veces que me represento las tinieblas interiores, me coge un sobresalto mortal. Entonces tomando la palabra les respondió : « Yo os aseguro, hermanos míos, que no pienso en estas cosas ; y como sé que Dios está lleno de bondad, espero que tenga piedad de mi. Estos religiosos, que esperaban una respuesta más directa y difusa, se retiraron demostrando alguna tristeza ; pero el Santo, no queriendo dejarles marchar descontentos, les llamó, y les dijo con mucha humildad : Sois muy felices, hermanos míos, y yo envidio vuestra virtud. Me habeis hablado de las penas del infierno y comprendo que estais tan penetrados de ellas que pueden ayudaros poderosamente á evitar el pecado. ¡ Ay ! ¿ Qué haré, pues, yo que tengo el corazón tan insensible, que ni siquiera pienso que despues de la muerte haya un lugar de suplicio destinado á castigar á los malos, lo cual es sin duda la causa de que cometa tantas faltas ? » Estos solitarios, edificados de una respuesta tan humilde, le pidieron perdon y se volvieron á su casa, confesando que lo que les habian contado de su humildad era muy verdadero.

Decia que hacia treinta años que dirigia á Jesucristo esta oracion : Jesús, Señor mio, no permitais que yo peque hoy con mi lengua ; y sin embargo, añadía él, cometo todos los dias alguna falta por este lado. Esto no podia ser en él sino un efecto tambien de su humildad ; porque guardaba



exactamente el retiro y el silencio y tenia la puerta de su celda siempre cerrada, á fin de ser menos interrumpido.

Como la dulzura es la fiel compañera de la humildad, Sisoos era tan dulce como humilde. Su zelo no tenia ninguna amargura. No se admiraba de las faltas de sus hermanos, y en lugar de reprochárselas con indignacion, les ayudaba á corregirse de ellas con suma paciencia. Un solitario que moraba en su vecindad, iba frecuentemente á decirle que habia pecado y el Santo le respondía siempre que se levantase. Pero, padre mio, le dijo un dia este religioso ¿ cuánto tiempo me dais para levantarme despues que caiga? Hacedlo, le dijo él, hasta tanto que la muerte os encuentre ó caido ó levantado.

Algunos hermanos le preguntaron si cuando un religioso habia caido en el pecado, debia hacer penitencia durante un año entero, y él respondió: Esto me parece muy fuerte. Pero, dijeron ellos ¿ deberá pues hacerla al menos durante seis meses? Es mucho, respondió: Entonces replicaron: ¿ al menos cuarenta dias? Todavía es mucho, añadió. ¿ Pues qué? dijeron los hermanos ¿ quereis que si inmediatamente despues de su caida se celebra el Santo Sacrificio, sea admitido á los santos misterios? Yo no digo esto, respondió el santo, pero pienso que la bondad de Dios es tal que si se convirtiese á él con un sincero pesar de su culpa, le recibiria él mismo allí en menos de tres dias.

Dijole un solitario: si encontrándome yo en mi celda, venia á ella un bárbaro para matarme, ¿ no podria yo, sintiéndome mas fuerte que él, darle la muerte? « No, respondió él; sino confiadlo todo al Señor, porque en cualquier peligro en que uno se encuentre, hay que pensar que aquello es en castigo de nuestros pecados; y cuando nos sucede algun bien, hay que reconocer que solo lo recibimos de la bondad de Dios. »

Otro solitario le preguntó si cuando estando en viage se apercibía que su guia le apartaba del camino, debia reprenderle. Respondióle él: No os lo aconsejaría yo ¿ Pues qué? le dijo el solitario ¿ habria pues que sufrir que me extraviasse, sin decir palabra? ¿ Quisierais vos, pues, respondió el Santo, tomar un baston y pegarle? A cuyo proposito contóle el siguiente ejemplo: Hallándose en camino unos hermanos, en número de doce, sorprendióles la noche y advirtieron que su guia se engañaba. A pesar de esto no quisieron romper el silencio para reprenderle, y cada uno de ellos iba pensando que ya se apercibiría de su descuido al llegar el dia y que entonces les volveria al buen camino. Así que siguiéronle con paciencia y anduvieron hasta doce millas. Al llegar el dia, viendo el guia su error, escusóse con ellos grandemente. Los hermanos le respondieron con toda dulzura: Bien lo habíamos observado; pero nada quisimos decir. Admirando entonces este hombre su paciencia y exactitud en guardar el silencio, quedó muy edificado, y esto sirvió para hacerle dar gloria á Dios.

Tenia por máxima que un solitario no debe escoger el trabajo de las manos que más le gusta. Tampoco queria que un hermano que, ó por su edad avanzada, ó por sus enfermedades, tuviese necesidad del auxilio de sus hermanos, estuviese pronto á mandarles: « Porque, decia, cuando hay quien toma cuidado de nosotros ¿ qué necesidad tenemos de mandar? » Habiéndose visto su discípulo obligado á emprender un viage, presentáronse otros hermanos para servirle; pero él se escusó de aprovechar su caridad y sufrió con paciencia hasta que volviese.

Para probarle, permitió Dios que unos sarracenos llegasen hasta su montaña, y que le despojaran á él y á su discípulo, llevándoseles las pocas provisiones que tenían. Cuando se hubieron retirado los bárbaros, salieron por los campos en busca de algun alimento, y habiendo el santo



viejo encontrado algunos granos de cebada, se contentó con meterse uno en la boca, y reservó en su mano los restantes para sus discípulos.

Dios, que se complace en ensalzar á los que más se abaten, honró á San Sisoés con el don de milagros; pero, como todo lo que le podia acarrear la estima de los hombres alarmaba su humildad, no queria que se publicase que hubiera recibido este maravilloso don; y no se obtenia de él prodigio alguno á no ser valiéndose de alguna estratagema. Esto es lo que hizo un hombre que iba á verle con su hijo todavía muy jóven para pedirle su bendicion. Habiendo muerto el niño en el camino, el padre, sin alarmarse y lleno de confianza en las oraciones de San Sisoés no dejó de llevarselo. Habiendo entrado en su celda, púsole á sus piés como si no estuviese muerto, y él se puso tambien de esta manera, á fin de que les bendijera á uno y otro. Despues que el Santo hubo hecho sobre ellos su oracion, levantóse el padre, salió de la celda y dejó á su hijo junto al Santo; quien, viendo que no se meneaba, le dijo que se levantara tambien y siguiese á su padre. Entonces este padre, trasportado de gozo y admiracion, entró otra vez para arrojarle de nuevo á los piés del Santo, declaróle lo que habia hecho, y le dió muy sentidas gracias por la resurreccion de su hijo; pero Sisoés, que temia extremadamente el que se supiese que hacia milagros, afligióse por ello mucho, y mandó á decir á este hombre por su discípulo que se guardase bien de hablar de esto antes de su muerte. Libró tambien á este mismo discípulo de una violenta tentacion diciendo á Nuestro Señor con una fervorosa sencillez de corazon: « Dios mio, yo no me aparto de Vos hasta que le hayais librado del demonio que le atormenta. »

No hay que admirarse de que sus oraciones fuesen tan eficaces, pues que las hacia con un fervor extraordinario y eran tan sublimes que llegaban hasta el éxtasis. Otras ve-

ces su corazon estaba en ellas tan abrasado del amor de Dios que, no pudiendo casi sostener su vehemencia, se solazaba con frecuentes suspiros sin que de ellos se apercibiera, y hasta contra su voluntad.

Obligado á tener cuidado de los solitarios por la confianza que en él habian depositado, les prevenía con suma atencion contra las novedades de la heregia, al mismo tiempo que trabajaba en formarles en las virtudes. Algunos arrianos osaron ir á su montaña para dogmatizar allí entre los hermanos. Él no les replicó; pero dió orden á su discípulo que leyese en presencia suya un tratado que San Atanasio habia compuesto contra sus errores, el cual puso en evidencia la falsedad de sus dogmas y les cerró la boca. Despues que les hubo así confundido, despidióles con su ordinaria dulzura.

Su discípulo Abrahan, viéndole cargado de vejez y de enfermedades, le dijo que haria bien en aproximarse á paises habitados en donde podria ser más facilmente socorrido; á lo cual respondió: Ya que así lo juzgais á propósito, llevadme al menos á un sitio en donde no haya mujeres. Pero, contestóle su discípulo, las hay en todas partes, escepto en el desierto. Si esto es así, replicó él, llevadme al desierto.

Parece por la recoleccion de sus sentencias (Cot, t, 1, p. 671.), que cedió en seguida al sentimiento de su discípulo, y que se fué á morar algun tiempo en Clysma, ciudad situada á orillas del mar Rojo, ó al menos en sus cercanias. Allí fué donde habiendo ido á verle algunos seglares, quisieron entrar en grandes discursos con él; pero el Santo guardaba silencio, por lo cual uno de ellos dijo á los demás: ¿Porqué os haceis importunos á este buen viejo? Él no come y por esto no puede hablar. El Santo tomó entonces la palabra y le dijo: Yo como cuando lo exige la necesidad del cuerpo.



El abad Ammon ó Amun de Rayte fué tambien á visitarle y, viendo que estaba afligido por haber dejado su soledad, le representó que, siendo ya tan viejo, tenia necesidad de socorro, que no habria hallado en el desierto ; pero el Santo, echando sobre él una mirada de tristeza, le respondió : « ¿ Qué decis, Ammon ? ¿ no me bastaba la libertad de espíritu que yo allí gozaba ? »

Finalmente, habiéndose vuelto este hombre de Dios á su querida soledad, y encontrándose en ella al final de su carrera, los solitarios se juntaron en torno suyo para recoger sus últimos sentimientos. Rufino, que cuenta esto, dice que su rostro parecia luminoso y que, arrebatado fuera de sí mismo, prorumpió en estas palabras : « He ahí que el abad Antonio viene á mi. » Un poco despues, exclamó : « Veo el coro de los profetas » ; y en este momento su rostro pareció más resplandeciente. Añadió todavia : « He ahí á los apóstoles que vienen » ; y continuó hablando muy bajo, como si conversara con algunos Santos personajes. Los solitarios le rogaron que dijese con quiénes estaba conversando, y él añadió : « He ahí á los ángeles que vienen á recibir mi alma, y yo les ruego que esperen todavia algun tiempo para darme ocasion de hacer penitencia. » Ellos le respondieron. « Padre nuestro, vos ya no teneis necesidad de hacer penitencia » ; y él les replicó : « Yo no sé si solamente he comenzado á hacerla bien ». Estas últimas palabras les hicieron comprender por el conocimiento que tenían de su profunda humildad, que su virtud era consumada. Por último, su rostro apareció resplandeciente como el sol, y al mismo tiempo exclamó : « Mirad, mirad á Nuestro Señor que viene á mí. » Pronunciando estas palabras, espiró, y su celda fué en este momento embalsamada con un olor celestial. Con estas circunstancias cuenta Rufino su muerte. Acaeció esta hácia el año 429, setenta y dos al menos despues de que él se habia retirado á la

montaña de San. Antonio, lo cual muestra que habia ido allá muy jóven y que murió en una gran vejez. Su fiesta está indicada en algunos Martirologios latinos el cinco de julio. Los griegos la han colocado al dia siguiente en el Menologio.

No hay que confundir á este santo con otros dos Sisoes, que vivian en el mismo siglo (Bult. l. I, c. 3, n. 7.), uno de los cuales, por sobrenombre el Tebano, moraba en Calamon en el territorio de Arsinoé, y el otro tenia su celda en Petra. Se cuenta del Tebano que un solitario que habia sido ofendido por otro fué á contárselo, diciendo que habia resuelto vengarse. Sisoes le suplicó que dejase este cuidado á Dios ; pero este hermano, irritado, continuó protestando que se vengaria grandemente (Vit. CC. l. 5, lib. 16, n. 10). El santo viejo le dijo : Puesto que yo no puedo conquistar nada en vuestro espíritu, dirijámonos al menos los dos juntos á Dios ; » y levantándose, hizo en voz alta la siguiente oracion : « Dios mio, ya no hay necesidad que en adelante tomeis cuidado de nuestros intereses, y que os hagais nuestro protector, puesto que este hermano sostiene que nosotros mismos podemos y debemos vengarnos. » Esto conmovió tanto á dicho solitario que se arrojó á los piés de Sisoes, pidióle perdon de su resistencia y prometióle no querer en adelante mal á aquel de quien se creia ofendido.

Cierto dia dijo á su discípulo : « Dadme á conocer lo que encontráis en mí de defectuoso y yo os haré el mismo servicio. » Su discípulo le dijo : « Vos sois bueno ; pero algunas veces me pareceis algun tanto demasiado severo. » A lo cual respondió él : « Vos tambien, hijo mio, sois bueno ; pero me pareceis algunas veces algun tanto demasiado flojo. »